





# 1967

## ● Francisco Luis Urquizo Benavides

Nació en San Pedro de las Colonias, Coahuila, el cuatro de octubre de 1891. Realizó sus estudios de primaria y preparatoria en la ciudad de Torreón. Posteriormente, se trasladó a la Ciudad de México donde estudió la carrera de comercio. Al concluir ésta, se trasladó cual se unió en 1911, poniéndose a las órdenes de Emilio Madero; en el corto tiempo de las acciones militares maderistas, logró el ascenso a Subteniente, Capitán Primero y posteriormente a Comandante de Escuadrón.

Durante la presidencia de Francisco I. Madero fue designado como Subteniente de Caballería en el Escuadrón de Guardias Presidenciales. En el transcurso de la Decena Trágica participó en la defensa del Palacio Nacional. A la muerte de Madero y Pino Suárez, Urquizo pidió su baja del Ejército Federal y se trasladó a Piedras Negras, Coahuila, para incorporarse a las tropas de la revolución constitucionalista.

En la Ciudadela, fue hecho prisionero por las fuerzas de Félix Díaz, pero afortunadamente logró escapar de su prisión y se integró a sus obligaciones militares; en reconocimiento a esta acción obtuvo el grado de Teniente y más tarde, el de Capitán Primero.

En medio de la lucha revolucionaria, fue ascendido a Mayor y después a Teniente Coronel por sus acciones de armas contra la ciudad de Monterrey; posteriormente, se trasladó a Sonora para encargarse de la escolta montada de Venustiano Carranza, cargo que tuvo hasta la llegada de éste a la Ciudad de México tras la derrota del régimen huertista. Debido al rompimiento que se dio entre los villistas y zapatistas durante la Convención de Aguascalientes, los constitucionalistas se vieron obligados a replegarse al Estado de Veracruz; con relación a este hecho Urquizo fue designado por Carranza como comandante de la plaza del puerto de Veracruz. Cuando los constitucionalistas vuelven a ocupar la

Ciudad de México, Carranza lo nombró Oficial Mayor, encargado del despacho de la Secretaría de Guerra y Marina; posteriormente ocupó el cargo de Subsecretario de la misma dependencia.

Francisco L. Urquizo fue fiel a Carranza en los más difíciles momentos de su vida. A la muerte de Carranza, Urquizo fue hecho prisionero en Tlatelolco; más tarde, al ser liberado, se retiró de la militancia y viajó a España donde publicó sus primeras obras literarias.

Francisco L. Urquizo regresó a México y bajo el Gobierno de Pascual Ortiz Rubio se desempeñó como Jefe del Departamento de Oficinas Federales; con el Presidente Abelardo L. Rodríguez ocupó el cargo de Jefe de la Inspección Fiscal de la Secretaría de Hacienda.

En 1934 reingresó al Ejército con el grado de General de Brigada; más tarde, fue designado Jefe del Estado Mayor de la Secretaría de la Defensa Nacional y General de División.

Durante la presidencia del General Manuel Ávila Camacho, se desempeñó como Subsecretario de la Secretaría de la Defensa Nacional y General de División.

El General Urquizo ocupó múltiples cargos administrativos entre los que se encuentran; el de comandante de Zona Militar en Tamaulipas, Veracruz y Nuevo León; Presidente de la Legión de Honor durante el Gobierno de Miguel Alemán; Director de la Industria Militar en la presidencia de Adolfo Ruiz Cortines, así como asesor del Secretario de la Defensa Nacional durante el régimen de Gustavo Díaz Ordaz. Autor de muchos libros, en los que destaca su labor literaria y su estilo realista, entre estos se encuentran: La caballería constitucionalista, 1914; Organización del Ejército constitucionalista, 1916; Almanaque militar, 1916; De la vida militar mexicana, 1930; Don Venustiano Carranza, 1935; Tropa vieja, 1943; Morelos, genio militar de la Independencia, 1945; Páginas de la Revolución, 1956; La ciudadela quedó atrás, 1965.

Francisco L. Urquizo fue condecorado en 1967 con la Medalla de Honor Belisario Domínguez entregada por el Senado de la República; dos años más tarde murió en la Ciudad de México.

### **DISCURSO DEL SENADOR JESÚS ROMERO FLORES**

Honorable Señor Presidente del Senado de la República; ciudadanos Senadores; invitados de honor a esta sesión; ciudadano General Francisco L. Urquizo, señores:

Compendia y resume el amor a la Patria, los amores más grandes de que puede disfrutar el ser humano. En él se encuentra el amor a nuestros padres, hermanos y amigos de la infancia, con quienes jugábamos alegremente bajo la sombra de los árboles del solar nativo. Pero a medida que aumentaba la edad, se ensanchaban también los horizontes de nuestra geografía; no eran ya los límites de nuestra aldea nativa, eran otros lugares de nuestro Estado, también los de otros Estados cuyos nombres ponían en nuestro espíritu las resonancias de lo desconocido y lo maravilloso.

Por las primeras lecciones que recibimos de nuestros maestros supimos que la bandera tricolor simboliza la Patria y en los desfiles cívicos la levantábamos con orgullo, mientras

nuestras voces infantiles entonaban las notas del Himno Nacional: Bandera e Himno, símbolos de México, que hacen estremecer nuestro corazón cuando de él estamos ausentes.

Si pasamos la mirada por el mapa de nuestra República, encontraremos en la parte superior los Estados norteños, poblados por hombres fuertes y enérgicos que han librado una lucha constante con las razas aborígenes rebeldes, y con las tierras ásperas y duras, para someterlas a las cosechas abundantes. En la curva del Golfo mexicano, se asientan lugares de exuberancia tropical habitados por gentes alegres y optimistas. Hacia el occidente, en las playas que bate con sus olas el Océano Pacífico, hay hombres que habitan ciudades cuyo sólo nombre evoca la cultura basada en las ciencias y en las artes: Culiacán, Tepic, Guadalajara, Colima, Morelia, Chilpancingo, Oaxaca y Tuxtla Gutiérrez, nombres queridos que llevamos muy adentro de nuestro corazón. Pero tiene también nuestro país la región central, ocupada por los tres grandes valles: Puebla, México y Toluca, y el altiplano con sus montañas de oro en Pachuca y Guanajuato; el Bajío imponderable con la histórica Querétaro y las industriosas ciudades de Celaya, León e Irapuato; y la mesa central con las ciudades de Aguascalientes, San Luis Potosí, Zacatecas y Durango, modelo de laboriosidad y de progreso.

Estamos aquí, en este momento, los representantes de esas regiones maravillosas que forman nuestra patria; integramos el Senado de la República los hombres del Norte, del Golfo y del Pacífico; los de los grandes valles ornados de volcanes y los del Centro de nuestro país; venimos a honrar una vez más al gran chiapaneco, al Doctor Don Belisario Domínguez, que con su sacrificio nos enseñó a decir siempre la verdad: a ser libres por la palabra libre, aunque por ello tengamos que inmolar nuestra existencia.

Señores Senadores: Permitidme que interrumpa mi discurso para relatar uno de los recuerdos imborrables de mi vida. Me encontraba yo, en esta Ciudad de México en el año de 1912, haciendo estudios de carácter pedagógico por comisión del Gobierno de mi Estado, Michoacán. Supe que había llegado el Gobernador de aquella entidad. Dr. Don Miguel Silva, y lo fui a saludar al hotel en donde se hospedaba, a las últimas horas de una tarde de diciembre. Pasado algún rato de conversación, me invitó a acompañarlo a una visita y nos dirigimos al Hotel del Jardín, que se encontraba en la hoy Avenida de San Juan de Letrán; al entrar vimos a dos caballeros sentados en sendas sillas mecedoras y uno de ellos abrazó con extraordinario júbilo al Dr. Silva. Hablaron de sus recuerdos de París, en donde ambos habían estudiado, de sus maestros y de sus aventuras estudiantiles. Uno de aquellos caballeros era el Doctor Don Belisario Domínguez y el otro era Don Flavio Guillén, Senador y Gobernador de Chiapas, respectivamente. Terminada la visita nos retiramos, y meses después la República entera se estremeció con los sucesos de la Decena Trágica, con el asesinato de los señores Madero y Pino Suárez, Presidente y Vicepresidente de nuestro país; se entronizó la dictadura huertista, cayó el Gobierno del Dr. Silva y en noviembre se cometió el infame asesinato del Dr. Domínguez. ¡Cuánto me conmovió aquel hecho y lo recuerdo con emoción, todavía después de los cincuenta y cuatro años que han transcurrido...!

Venimos también a honrar en esta ocasión a uno de aquellos hombres que supieron levantarse en armas para vengar los crímenes de quienes ultrajaron el honor nacional en aquellos años fatídicos; venimos a honrar a un soldado de la Revolución, a un gran ciudadano, un distinguido literato, que supo empuñar el arma y también tomar la pluma para relatar los hechos que él vivió, como lo hizo aquel soldado de la conquista, Bernal Díaz del Castillo; como lo hicieron también el General Don Vicente Riva Palacio y los coroneles y licenciados Ignacio Manuel Altamirano y Eduardo Ruiz, este último autor de la Historia de la Intervención Francesa en Michoacán. Venimos a honrar con la más alta presea que otorga el Senado al Señor General de División Don Francisco L. Urquizo: soldado y literato, honra de su Patria por su vida noble y rectilínea.

El Señor General Urquizo es un hombre alto y fornido, fuerte y robusto: es un hombre del norte con las características propias de aquéllos campesinos de quienes nos hablan los cronistas antiguos, que labran la tierra llevando el rifle a la espalda para defenderse de los indios bravos, todavía insumisos.

Nació en San Pedro de las Colonias dos años antes de que se fundara la ciudad de Torreón, es decir, en el año de 1891. Y aquí cabe recordar que el progreso de Torreón fue algo asombroso. Yo era joven a principios del presente siglo y veía que grupos de hombres del Bajío y en general de la mesa central, emigraban rumbo a Torreón, cuyo auge agrícola, industrial y comercial era notable, y al par que estas gentes de nuestro país, iban millares de aventureros de todas naciones, especialmente chinos y españoles.

Muy joven fue Urquizo a estudiar a Torreón, la llamada Perla de Laguna, a los muchos planteles de enseñanza superior que también empezaron a abrirse. Pero no contento con aquella enseñanza vino a México para ingresar al Liceo Fournier, que dirigía Don Adrián Fournier; era una de las escuelas primarias y comerciales de mayor prestigio, en la primera década de esta centuria.

Con un buen bagaje de conocimientos regresó a su tierra natal para dedicarse a las faenas agrícolas, cuando ya se aproximaban los grandes acontecimientos del año de 1910.

Soy mayor de edad que el Señor General Urquizo, seis años, y yo también en el primer lustro de este siglo, hace a la fecha sesenta y dos años, empecé a trabajar como maestro de escuela primaria. ¿Cuál era el espectáculo social que contemplábamos quienes éramos todavía jóvenes en aquel tiempo? Ya un escritor lo ha dicho con una sola frase: el esplendor y la miseria del porfiriismo. Esplendor y riqueza en los grandes terratenientes; miseria y desesperación en la clase trabajadora de las ciudades y de los campos. De los extranjeros favoritos del porfiriismo eran los ferrocarriles, las minas, las concesiones para la explotación del petróleo, las fábricas, de hilados y tejidos, las mejores tiendas y almacenes de ferretería, de ropa, de abarrotes, las joyerías y la venta de artículos de lujo. Solamente a las compañías deslindadoras se les adjudicaron 12.693,610 hectáreas de terreno; a la Compañía del Boleo, en la Baja California, se le vendieron 1.200,000 hectáreas de terrenos nacionales al increíble precio de doce centavos la hectárea. Refiriéndome a Michoacán, que mejor conozco, diré que los grandes latifundios estuvieron en poder de extranjeros: Lombardia y Nueva Italia era de los señores Cussi, italianos; toda la riquísima Ciénega de Zacapu era

del español Don Eduardo Noriega; Queréndaro de los señores Hagaebaek, alemanes; la extensa hacienda de Zurumuat, en las llanuras de Puruándiro, era de otro alemán, Don Carlos Markassusa; la rica hacienda cañera de Pedernales, del español Don Pío Bermejillo; los latifundios del municipio de Panindícuaro, del español Don Feliciano Covián, que construyó y habitaba el palacio que es hoy la Secretaría de Gobernación; millonarios eran casi todos los Secretarios de Estado y los Gobernadores de los Estados, que para el año de 1910, quienes menos tenían disfrutando su puesto eran quince o veinte años. También había latifundistas mexicanos muy allegados al General Díaz, tales como los señores Terrazas, Creel, De la Garza, Asúnsolo, Martínez del Río; el Estado de Morelos era de cuatro o cinco latifundistas, entre ellos los señores Escandón y García Pimentel.

Entre tanto, los peones del campo, con salarios de un real o real y medio (doce o dieciocho centavos) diarios cuando había trabajo, si eran peones acasillados, salario que se pagaba con artículos de la tienda de raya; los peones no acasillados tenían trabajo muy eventual y vivían todavía más miserablemente, de los esquilmos de la tierra; es decir, de cortar tunas, nopales, quelites, verdolagas, mezquites, para ir a venderlos a los pueblos; cuando los amos eran muy benignos, se les permitía cazar pájaros o cortar ramas secas para cargarlas a la espalda e ir a venderlas.

Los trabajadores de las minas y de las fábricas no estaban mejor; por ello fueron las huelgas de Cananea y de Río Blanco, acalladas por las matanzas en masa, con saldos de millares de víctimas y de huérfanos. Hubo también matanzas en Tehuiztingo, Tepames y Valladolid de Yucatán; deportaciones al Valle Nacional, a Quintana Roo y la campaña del Yaqui; las prisiones de San Juan de Ulúa, la aplicación de la ley fuga y las consignaciones al ejército.

Todo esto lo vi yo, lo vio Don Francisco L. Urquiza en su juventud; palpó las miserias del porfiriismo, por eso se levantó en armas al lado de Don Emilio Madero, secundando el Plan de San Luis expedido por el Señor Don Francisco I. Madero, el Apóstol de la Democracia; por eso se levantaron muchos hombres hasta entonces pacíficos; por eso se levantaron los vecinos de la villa, Tangancícuaro, en donde yo era el director de la escuela, y los acompañé por los pueblos de la sierra hasta llegar a Uruapan, de donde regresé para venir a México a conferenciar con los miembros de la Junta Revolucionaria que presidían el Ingeniero Alfredo Robles Domínguez y el después General Cosío Robelo. Era nuestro Jefe el Coronel Jesús García, que años después fue fusilado por villista en Zamora; me separé al entrar Madero a México, el 6 de junio; pero otros siguieron en las fuerzas maderistas hasta su licenciamiento.

El entonces joven Francisco L. Urquiza no fue licenciado, siguió en el Ejército con el grado de Capitán Primero en el Regimiento del Coronel Sixto Ugalde.

Los licenciamientos se efectuaron durante el interinato presidencial del Licenciado Don Francisco León de la Barra y el Señor Madero se interesó porque algunas fuerzas maderistas no se licenciaran, sino que quedaran como fuerzas rurales dependientes de la Secretaría de Gobernación; entre ellos, a algunos coahuilenses que años después fueron mis jefes, el General Gertrudis G. Sánchez, que hizo la Revolución Constitucionalista

en Michoacán, juntamente con los después, también generales, José Rentería Luviano, Joaquín Amaro, Juan Espinoza y Córdoba, Héctor F. López y otros muchos; los carabineros de Coahuila, entre ellos el que fue también mi jefe, el General Alfredo Elizondo y algunos otros.

Don Francisco L. Urquizo ingresó al Ejército Federal como el grado de Subteniente de Caballería, destinándosele a las Guardias Presidenciales del Señor Madero cuando asumí la Presidencia de la República. Cuando la Decena Trágica estuvo en los combates librados frente a Palacio Nacional, hasta que, triunfante el traidor Victoriano Huerta, solicitó su baja, yéndose a los Estados Unidos. Encontrándose en San Antonio, Texas, volvió al país y se le presentó a Don Venustiano Carranza, que por el Plan de Guadalupe había desconocido al gobierno espurio de Huerta. El Señor Carranza le dio el grado de Capitán Primero en abril de 1913 y formó un Batallón de zapadores con mineros de la región norte de Coahuila. Urquizo está de nuevo en la lucha; tenía entonces 22 años; como todos los que rodeaban al Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, era un joven lleno de patriotismo y de valor.

Tarea extensa sería seguir paso a paso los hechos de armas por los cuales obtuvo Urquizo sus grados en el ejército; en plena lucha ascendió a Mayor, y el de Teniente Coronel le fue conferido después del ataque a Monterrey; sangrienta acción militar librada entre las fuerzas del General Constitucionalista Pablo González y sus subalternos, contra los federales mandados por los generales Iberri, Ocaranza, Ricardo Peña y Manuel Quiroz, habiendo perdido la vida este último.

Por aquellos meses de la segunda mitad del año de 1913, en los que se tomaron las poblaciones del noreste, Matamoros y Ciudad Victoria, y se atacó Monterrey, ya había un gran número de jóvenes luchando por la causa de la Revolución, unos al lado del General Lucio Blanco, otros al lado del General Pablo González. Recordamos entre ellos a Vicente Segura, Emiliano P. Navarrete, Francisco J. Múgica, Juan Barragán, Andrés Saucedo, Alberto Fuentes Dávila, Gregorio Morales Sánchez, Gabriel Gavira y muchos más, todos los cuales llegaron a ostentar el generalato; pero de ellos muy pocos sobreviven.

A mediados del año de referencia el Señor Carranza hizo un viaje a Sonora para tratar de evitar las diferencias que ya asomaban entre algunos jefes revolucionarios y el ex Gobernador Maytorena. En aquel Estado, la Revolución estaba en todo su auge, pues en esa entidad y en la de Sinaloa operaban Álvaro Obregón, Benjamín Hill, Manuel M. Diéguez, Plutarco Elías Calles, Ramón F. Iturbe, Rafael Buelna, Salvador Alvarado, Esteban B. Calderón; todos han pasado a la historia por su patriotismo y su valor.

A reunirse con el jefe Carranza fue Urquizo, allá en Sonora, recibiendo el mando de su escolta montada y desde aquel momento ya no se separó del Primer Jefe, entrando a la Ciudad de México el 20 de agosto de 1914, después de la huida de los usurpadores del Gobierno, los asesinos del Señor Madero y de haberse firmado los Tratados del Teoloyucan, por los cuales se licenció el viejo Ejército Federal.

Cuando sobrevino la escisión de Villa y Carranza, y se instaló este último con su gobierno en el puerto de Veracruz, Urquizo fue designado Jefe del Estado Mayor del General en Jefe de las Operaciones en el Estado de Veracruz, que lo era el General Cándido Aguilar.

Triunfó el constitucionalismo en el año de 1915, y en enero de 1916, se instaló el Gobierno del Señor Carranza en Querétaro; se convocó al Congreso Constituyente que redactó nuestra actual Constitución, expedida el 5 de febrero de 1917, y volvió al país el orden constitucional, efectuándose las elecciones en las que resultó electo. Presidente el Señor Carranza, puesto que desempeñó del año de 1917 al de 1920. Entonces, el ya General Urquiza, fue nombrado Oficial Mayor de la Secretaría de Guerra y Marina, y poco después Subsecretario de la misma dependencia.

Un nuevo movimiento armado alteró a nuestra República con la bandera del Plan de Agua Prieta, en los primeros meses del año de 1920, movimiento que prosperó rápidamente. El Señor Carranza con sus principales e inmediatos colaboradores abandonó esta capital y pretendió, como en 1914, instalar su gobierno en el puerto de Veracruz; pero la suerte le fue adversa; atacado por ambos frentes, se internó en la Sierra de Puebla, encontrando la muerte en Tlaxcalantongo, el 21 de mayo de 1920. Entre los últimos partidarios fieles que lo acompañaron estaba el General Urquiza: él ha hecho de aquella tragedia una patética narración. Con el cadáver de su jefe regresaron a México los integrantes de aquella lúgubre caravana, hasta darle sepultura en el Panteón de Dolores, en la fosa común, al lado de los pobres. Años más tarde el gobierno ordenó que fueran trasladados al Monumento de la Revolución.

Después de aquellos días angustiosos, los subalternos, partidarios y amigos que acompañaron al Señor Carranza fueron puestos en prisión, y al ser liberados abandonaron nuestro país, para comer el pan amargo del exilio en tierra extranjera.

Entre todas las virtudes que un hombre pueda tener sobresale la lealtad, Urquiza fue y ha sido un hombre leal a sus convicciones y a su jefe, no regresó al país sino cuando se habían serenado ya las pasiones y atenuado los odios. Volvió como un humilde ciudadano a servir a su Patria y a ganarse el pan utilizando sus conocimientos en contabilidad como un modesto empleado del ramo hacendario. Así obró Urquiza, con sencillez y con dignidad ejemplares.

Pero la justicia siempre llega, a veces tarde, y se ostenta como un epitafio honroso sobre la tumba del hombre ya desaparecido; otras veces llega cuando el hombre puede disfrutar todavía de esa satisfacción. Al General Don Francisco L. Urquiza sus contemporáneos le reconocieron sus méritos, dieciocho años después. En el de 1938, por un acuerdo del Señor Presidente de la República, reingresó al Ejército con el grado de General de Brigada que ostentaba a la muerte del Señor Carranza en 1920.

Poco después la Nación volvió a utilizar sus servicios, en 1940 fue Jefe del Estado Mayor de la Defensa Nacional. El Señor Presidente, General Don Manuel Ávila Camacho lo designó Subsecretario, puesto que desempeñó hasta 1945, y desde este año hasta el siguiente, en que terminó el periodo del expresado Presidente, fue el Secretario de la propia Dependencia.

Un hermoso libro que escribió y publicó con el título de 3 de Diana, relata los muchos acontecimientos en los que tomó parte en aquel sexenio que, como todos lo recordamos, aconteció la Segunda Guerra Mundial.

En el Gobierno del Señor Licenciado Don Miguel Alemán fue nuestro homenajeador Presidente de la Legión de Honor; en el de Don Adolfo Ruiz Cortines, Director del Departamento de la Industria Militar. Posteriormente, y hasta la fecha, permanece en el servicio activo de nuestro glorioso Ejército, y es Asesor de la Defensa Nacional.

Me honro con su amistad y trato, más o menos, al Señor General Urquiza desde hace catorce años. En 1953, el Señor Presidente Ruiz Cortines fundó, por decreto, el Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, que preside uno de los más notables intelectuales mexicanos y distinguido orador, el Señor Licenciado Don Salvador Azuela; a ese Instituto han pertenecido los ya finados Licenciado Antonio Díaz Soto y Gama, el Doctor Pedro de Alba, el Licenciado Luis Cabrera; y permanecemos el periodista Diego Arenas Guzmán, el escritor Martín Luis Guzmán, el General Urquiza y el que habla. Ahí escuchamos las opiniones serenas y razonadas de Urquiza y el Instituto reconoce su gran valor intelectual.

Como escritor, han salido de su pluma veintiocho libros y está considerado por la crítica como uno de los grandes novelistas de la Revolución. Su novela Tropa Vieja figura al lado de las novelas del Doctor Mariano Azuela, Martín Luis Guzmán, Vasconcelos, Rubén Romero, Mauricio Magdaleno, Rafael Muñoz, Gregorio López y Fuentes, que forman parte de los doce grandes novelistas revolucionarios.

No sería yo por mi insuficiencia el indicado para hacer un estudio de su obra literaria; me concreto nada más a señalarla.

Señores Senadores: Como en otros años, en este también habéis hecho una buena elección para otorgar la Medalla Belisario Domínguez a un hombre de gran mérito; aquí está el Señor General Urquiza, a quien le tributamos el aplauso que merece el ciudadano que durante toda su vida ha servido con lealtad, con inteligencia y con honor a su Patria.

### **DISCURSO DEL GENERAL FRANCISCO LUIS URQUIZA BENAVIDES**

Quiero agradecer a mi estimado amigo el Senador Romero Flores lo que ha dicho en mi favor.

Señor Presidente del Senado; señores Senadores:

He tenido una larga vida plena de satisfacciones y sinsabores. Tuve la suerte de participar modestamente en las luchas armadas de los revolucionarios contra la dictadura de Porfirio Díaz y contra la usurpación de Huerta. He sentido cerca de mí la muerte y he sufrido persecuciones, privaciones, peligros, encarcelamientos y destierros. Asimismo, he sentido la satisfacción del triunfo y el contento de ascender en mi carrera y desempeñar altos cargos.

Todo eso, con ser tan grande para mí, todas esas emociones sentidas en lo amargo o en lo dulce de mi peregrinación, quedan atrás, son pequeñas ante esta emoción que estoy sintiendo en estos momentos, en que el Senado de la República me otorga la más alta presea mexicana: la Medalla de Honor Belisario Domínguez.

Soy modesto por naturaleza y consecuentemente mi vida también ha sido modesta. En las luchas armadas tuve por jefes a hombres valientes, honrados y revolucionarios pu-

ros, que cumplieron y desaparecieron dejando, en el fondo de mi alma, el grato recuerdo de su ejemplo que yo he tratado de plasmar en letras para ejemplo también a seguir por la juventud que nos sucede.

He sido un intuitivo y la intuición es la voz interior que nos señala el cumplimiento del deber y el deber no es más que seguir el camino, siempre fácil, que señala la línea recta.

Escribir para los demás es desahogar, es expandir y tratar de compartir con los lectores lo que uno ha experimentado. Es desear que los demás sientan y aprovechen la experiencia propia. Tratar de hacer agradables los recuerdos. Es una afición que nació e impulsa a salir de uno mismo.

Yo nací durante la dictadura y vivía en las sombras, y vivir en las sombras sirve para distinguir la luz. El que escribe podrá conseguir o no lo que desea, pero siempre le quedará la satisfacción de un buen intento.

La honorable comisión que formuló el dictamen para otorgarme esta medalla de honor, expresa, afortunadamente para mí, que en mi persona rinde homenaje a todos los hombres que ofrendaron su vida en la Revolución libertadora de 1910. Es decir, se me considera un representativo viviente de los que cayeron.

Esta medalla que me honro en recibir y que acepto gustoso, hubiera estado mejor -de tener vida- en quienes fueron mis jefes y mis compañeros, hombres de mérito, luchadores desinteresados por ideales, guerreros y honrados.

En nombre de los revolucionarios muertos, que siguen viviendo en el corazón de los que fuimos sus subalternos o sus compañeros, y en mi propio nombre, señores Senadores, nuestro profundo agradecimiento. Gracias, muchas gracias.